

# Revista de Ciencias Sociales

Vol. V

Junio, 1961

Núm. 2

## EL CONFLICTO SOCIAL EN TORNO A LOS ESTILOS DE LA OBRA SOCIOLOGICA\*

ROBERT K. MERTON

**T**RAS disfrutar por más de dos generaciones del interés de los eruditos, la sociología del saber sigue siendo en gran medida un tema para la meditación antes que un campo donde se desarrolla en firme la investigación metódica. Esto ha desembocado en la curiosa circunstancia de que se dedican más monografías y ponencias a las discusiones sobre lo que es la sociología del conocimiento y lo que debiera ser, que a los estudios pormenorizados de problemas específicos.

La verdad que vale para la sociología del saber en general también se aplica en forma señalada a la parte que concierne al análisis del rumbo y el carácter asumidos por la sociología misma. Por lo menos, este es el veredicto del jurado compuesto por doce personas que han revisado para nosotros los contextos sociales de la sociología en países distribuidos por todo el mundo. Casi sin excepción, los autores de estas ponencias informan (o insinúan) que, en lo que concierne a su propio país, sólo pudieron hallar evidencia fragmentaria que les sirviera de fuerte para hacer un informe. Subrayan la índole provisional y aleatoria de las interpretaciones que se basan en cimientos tan

\* Ponencia presentada en el Cuarto Congreso Mundial de Sociología, celebrado en septiembre de 1959 en Stresa, Italia. La traducción de esta ponencia por el Sr. José E. González se basa en la versión en inglés, editada por el secretario de la I.S.A., T.B. Bottomore, de la Universidad de Londres.

frágiles. De lo cual se sigue que mi propia ponencia, que se deriva de los informes básicos sobre sociologías nacionales, tiene que ser aún más provisional y especulativa.

En efecto, estos autores nos dicen que se han visto obligados a recurrir a generalidades laxas antes que poder hacer generalizaciones sólidamente cimentadas. Las generalidades son enunciados vagos, carentes de determinación, que reúnen instancias particulares en realidad incomparables. Las generalizaciones informan regularidades definidas pero generales, decantadas por medio de la comparación metódica de datos comparables. Todos conocemos la especie de generalidades que se hallan en la sociología del saber: que las sociedades con bien perfiladas divisiones sociales, como se alega sucede en Francia, son más aptas para el cultivo intenso de la sociología que las sociedades con una larga historia de un sistema de valores más uniforme, como se alega sucede en Inglaterra; que una clase social en ascenso está obligada a ver la realidad social en modo más auténtico que una clase que desde hace tiempo ocupa el poder, pero se halla en trance de perderlo; que una clase alta enfocará los aspectos estáticos de la sociedad y una más baja los dinámicos y cambiantes; que una clase alta se mantendrá alerta a las funciones de las ordenaciones sociales existentes mientras que una clase baja atenderá a las facetas disolventes de esas funciones; o, para aludir a un ejemplo final y bien conocido de las generalidades, que los grupos socialmente conservadores postulan doctrinas de causación histórica basadas en la multiplicidad de factores mientras que los grupos socialmente radicales proponen doctrinas monistas. Estos enunciados y otros comparables pueden ser o no verdad, pero como nos lo recuerdan los autores de los informes nacionales, no podemos decidir, puesto que tales informes no son, típicamente, el resultado de investigaciones sistemáticas. En el mejor de los casos son impresiones derivadas de unas cuantas instancias particulares seleccionadas para probar el punto.

Se concederá que nosotros los sociólogos no podemos gastarnos el lujo dudoso de un doble criterio de erudición: uno, que exige la sistemática recolección de datos comparables cuando estudiamos problemas complejos, por ejemplo, de estratificación social, y, otro, que acepta el uso de ejemplos fragmentarios cuando estudiamos los problemas no menos complicados de la sociología del saber. Por lo tanto, bien pudiera ser que el principal resultado de esta primera sesión del Congreso consista en hacer arreglos para una investigación comparativa de la sociología en sus contextos sociales similar a la investigación de estratificación social ya iniciada por la Asociación. Los problemas formulados en las ponencias nacionales y las importantes lagunas en

materia de datos necesarios que han sido reveladas por dichas ponencias constituirían un útil preludio a tal empresa.

Se puede examinar el crecimiento de un sector de la investigación intelectual desde tres aspectos: en términos de la filiación histórica de ideas consideradas en sí mismas; cómo la investigación es afectada por la estructura de la sociedad donde se desarrolla; y cómo es afectada por los procesos sociales relacionados con los estudiosos mismos. En otras sesiones del Congreso se tratará del primer aspecto cuando se discuta la substancia y los métodos de la sociología contemporánea. En su recorrido panorámico, el Prof. Aron toma en cuenta al segundo cuando estudia el impacto de la cambiante estructura social sobre la sociología. Dicha estructura es exterior a esta última, y en ella se incluye a la industrialización, la organización de las universidades, el papel de las peculiares tradiciones culturales y otros factores por el estilo. Aron resume las tendencias centrales de algunas sociologías nacionales, principalmente las de los Estados Unidos y la Unión Soviética y calibra sus puntos fuertes y débiles. Antes que recorrer el mismo terreno para llegar a las mismas observaciones, me limitaré al tercero de los susodichos aspectos. Diré muy poco sobre la estructura social externa a los sociólogos y concentraré, en vez de eso, sobre algunos procesos sociales immanentes en el desarrollo de la sociología y, en particular, sobre el papel que en ese desarrollo desempeña el conflicto social entre los sociólogos.

Hay razones para creer que los patrones de interacción social entre los sociólogos, al igual que entre hombres de ciencia y eruditos, afectan a los contornos cambiantes de la disciplina al igual que lo hace evidentemente la acumulación cultural de conocimiento. Si yuxtaponemos las ponencias nacionales, se nos brinda la ocasión de observar que existen muchas semejanzas substanciales, si no identidades en el desarrollo de la sociología en cada país; semejanzas que se hallan por debajo de las diferencias, que algunas veces se destacan más, aunque no sean necesariamente las más completas. Vale la pena observar estas semejanzas, tan siquiera en vista de la gran variabilidad y de las diferencias, en ocasiones profundas, de la estructura social, la tradición cultural y los valores contemporáneos existentes entre las doce naciones, cuya sociología ha sido revisada. Estas sociedades se diferencian en el tamaño de la población básica, en el carácter de sus sistemas de estratificación social, en el número, organización y distribución de sus instituciones de educación superior, en su organización económica y el estado de su tecnología, en su estructura política actual y pasada, en sus tradiciones religiosas y nacionales, en la composición social de sus intelectuales, y así por el estilo a través de otras bases pertinentes de

comparación. A la luz de estas diversidades de estructura social, resulta impresionante que existen similitudes en el desarrollo de la sociología en estas sociedades. Todo esto sugiere que enfocar los procesos sociales inmanentes a la sociología, como una región parcialmente autónoma, puede ayudarnos a entender un poco más las semejanzas de la labor sociológica en sociedades diferentes. Puede ayudarnos, por lo menos, a identificar algunos de los problemas que pudieran discutirse con provecho en esas monografías sobre la historia sociológica de la sociología que están todavía por escribir.

Una palabra más de introducción: se nos ha advertido que puesto que las ponencias sobre las sociologías nacionales no pudieron circular por adelantado, debíamos hacer un mínimo de observaciones generales. Por lo tanto, omitiré muchos de los datos concretos en que se funda mi ponencia.

### *Fases del Desarrollo Sociológico*

A base de los informes nacionales, podemos distinguir tres amplias fases del desarrollo de la sociología, a saber: primero, la diferenciación de la sociología de las disciplinas anteriores con la aspiración simultánea a que se reconozca su legitimidad intelectual; segundo, el empeño de establecer su legitimidad institucional o su autonomía académica; y tercero, cuando este esfuerzo ha logrado moderado éxito, un movimiento hacia la reconsolidación de la sociología con otras ciencias sociales seleccionadas. Estas fases bien conocidas ofrecen interés aquí tan sólo en la medida en que se derivan de los procesos de interacción social entre los sociólogos y entre ellos y los eruditos en campos relacionados, procesos que han dejado una huella distintiva en las clases de trabajo que realizan los sociólogos.

### *Diferenciación de otras disciplinas*

Los comienzos de la sociología se hallan, desde luego, en las disciplinas previas de las que se desprendió. La diferenciación varía en el detalle, pero posee más o menos el mismo carácter general en país tras país. En Inglaterra, se nos dice, la sociología se derivó principalmente de la economía política, de la administración social y de la filosofía. En Alemania, compartió algunos de estos antecedentes y contó con uno importante: el derecho comparativo. En Francia, sus raíces se hallan en la filosofía y, por cierto tiempo, en las psicologías que es-

taban emergiendo. Entre sus diversos antepasados en los Estados Unidos hay que incluir una preocupación con reformas prácticas, la economía y, en cierto grado, la antropología. Si nos volvemos hacia algunos países calificados por sus informantes como "sociológicamente subdesarrollados", encontramos que en Yugoslavia la sociología se diferenció paulatinamente de la etnología, la historia del derecho y la antropogeografía; en España fue por mucho tiempo un apéndice de la filosofía, especialmente de la filosofía de la historia. En la América Latina, la sociología se diferenció de la jurisprudencia, que estaba tradicionalmente ligada con el interés en los contextos sociales del derecho y con la creación jurídica que hizo necesaria la creación, en esos países, de gobiernos propios.

El proceso de diferenciación tuvo consecuencias directas sobre los énfasis que se hicieron al principio en la sociología. Puesto que los fundadores eran autodidactos en sociología —la disciplina era, después de todo, sólo lo que ellos decían que era—; cada uno creyó que lo propio era desarrollar una clasificación de las ciencias con el fin de ubicar a la sociología en su sitio característico dentro del esquema de cosas intelectuales. Casi todos los sociólogos de importancia en el siglo diecinueve y en parte en el veinte ofrecieron propias respuestas a la pregunta socialmente inducida de cuál era el alcance y naturaleza de la sociología y consideraron que su misión era desarrollar cada uno, su propio sistema de sociología.

Que se diga que la sociología comenzó en verdad con Vico (para no decir nada sobre un abuelito más antiguo) o con Saint-Simon, Stein o Marx no es aquí de gran trascendencia, aunque puede ser sintomático de afiliaciones actuales en sociología. Lo pertinente es que el diecinueve —para limitar nuestra referencia— fue el siglo de los sistemas sociológicos, no necesariamente porque daba la casualidad de que los primeros sociólogos fueran hombres de mentalidad sistemática, sino que en aquellos tiempos su rol era tratar de conseguir la legitimidad intelectual para esta "nueva ciencia de tema muy antiguo". En la situación a que hacían frente, cuando había que presentar el alegato mismo en favor de la legitimidad de una nueva disciplina, existía poco margen para un interés básico en las investigaciones minuciosas y acotadas de problemas sociológicos específicos. Lo que había que hacer era tratar de construir el marco del pensamiento sociológico mismo y casi todos los pioneros trataron de hacerse uno.

Una banal petulancia podría tentarnos a concluir que hubo tantos sistemas sociológicos como sociólogos en ese período inicial. Pero, desde luego, esto no sucedió así. La misma multiplicidad de sistemas, cada uno con su reclamo de ser la sociología genuina, condujo

naturalmente a la formación de escuelas, cada una con sus maestros, discípulos y epígonos. La sociología no sólo se diferenció en otras disciplinas, sino que se diferenció internamente. Esto no se hizo en términos de especialización, sino en términos de pretensiones rivales a una legitimidad intelectual, pretensiones que, como típicamente se sostenía, eran recíprocamente exclusivas y contrarias. Esta es una de las raíces de los tipos de conflicto social que hoy existen entre los sociólogos y que estudiaremos con un poco de detalle.

Fueron los fundadores los que iniciaron y defendieron la aspiración de la sociología a la legitimidad intelectual—en el sentido de que tenía un lugar justificable en la cultura—; fueron sus sucesores—fundadores de la moderna sociología, que se empeñaron en lograr la legitimidad institucional. Lo hicieron dirigiéndose a esos jueces institucionalizados del status intelectual: las universidades. Una vez más, aquí el patrón que se registró en las distintas naciones varió sólo en el detalle. Estuviera el control supremo de las universidades en el Estado o en la Iglesia, lo cierto es que sus facultades se convirtieron en las audiencias decisivas para un Weber, un Durkheim o un Simmel. La sociología fue considerada por las diversas facultades como una advenediza ilegítima, sin garantía de lugar reconocido alguno en la familia universitaria o algunas veces como una competidora institucional. Y esta situación social en repetidas ocasiones desembocó en un número limitado de respuestas dadas por los sociólogos de aquellos tiempos.

Se plantearon, una y otra vez, como algunos lo hacen todavía, las cuestiones que, si fueran contestadas satisfactoriamente, presumiblemente probarían que la sociología es una disciplina académica autónoma. Continuaron debatiendo el problema de la posibilidad de una ciencia de la sociedad. Una vez ya satisfechos con su respuesta (y con la esperanza de haber satisfecho a otros en la universidad) de que en efecto tal ciencia era posible, concentraron sobre todo en otro problema, cuya pertinencia procedía de la condición social del que está sometido a juicio, a saber: ¿Qué es la sociología? Es decir, ¿cuál es su alcance propio, cuáles son sus problemas y funciones características?; en una palabra, ¿cuál es el lugar que le corresponde en el mundo académico?

No trataré de enumerar las muchas respuestas a estas preguntas, que todos podemos evocar con facilidad. Lo que quisiera sugerir es que la concentración prolongada en estos problemas parecía peculiarmente pertinente, no sólo porque había un interés intelectual inmediato en ellas, sino porque se trataba de generaciones de sociólogos que trataban de lograr la legitimación académica, todavía no alcanzada. Esta especie de búsqueda pública de una identidad se difundió en un grupo, más bien que convertirse en algo perteneciente a la idiosincrasia

de algunos de sus miembros, en todas aquellas ocasiones en que un status o una manera de vivir tiene que conquistar todavía la aceptación o se halla bajo ataque.

La búsqueda de una identidad institucional, socialmente inducida, llevó a los sociólogos a identificar una jurisdicción que no era compartida por otras disciplinas. La noción, formulada por Simmel, de una geometría de la interacción social y la atención duradera que prestó el sociólogo alemán a los llamados componentes moleculares de las relaciones sociales constituye sólo uno de los esfuerzos mejor conocidos por concentrarse en los elementos de la vida social que no eran sistemáticamente considerados por las otras disciplinas. Sería demasiado cómodo "derivar" su interés en la sociología característica de la vida cotidiana de su experiencia de excluido, hasta cuatro años antes de su muerte, de una cátedra en una disciplina que todavía se hallaba bajo sospecha. Sin embargo, esta clase de experiencia individual puede haber reforzado un interés que tenía otras fuentes. Los primeros sociólogos en los Estados Unidos respondían a una situación social comparable en forma parecida, ubicando temas de la vida en sociedad como "correcciones y caridades" que todavía no habían sido acotados para el estudio.

Otra consecuencia de la lucha por lograr la legitimidad académica, relacionada con lo anterior, fue la separación motivada de la sociología de otras disciplinas: el esfuerzo por lograr la autonomía a través del auto-aislamiento. Por ejemplo, sólo tenemos que recordar el tabú impuesto por Durkheim al uso de la psicología sistemática, que por tanto tiempo dejó su huella en la labor que emana de esta tradición influyente en la sociología.

La lucha por el status académico puede haber reforzado el énfasis utilitario que se da en la sociología, en sus comienzos positivistas o marxistas. No importa lo mucho que pudieran estar en desacuerdo las escuelas predominantes en otros respectos, todas creían que la sociología podía ser empleada para obtener objetivos concertados. Las diferencias no estribaban en el repudio o la aceptación de la utilidad como criterio importante en el saber sociológico, sino en la concepción de lo que era útil.

Mientras la sociología lograba sólo un reconocimiento limitado en las universidades, adquirió un status periférico por medio del recurso organizativo de los institutos de investigación. Ha habido diversos tipos de institutos: anexos a las universidades, independientes de las universidades, pero subvencionados por el Estado o ayudados por éste, y, en algunos casos, como empresas privadas. Desde el punto de vista social, propendieron a desarrollarse allí donde se creyó que el sistema

universitario no extendía suficiente reconocimiento a la sociología. Al igual que en el siglo diecisiete, cuando nadie llegó a la conclusión, que parecía obvia, de que los laboratorios de investigación de las ciencias físicas debían estar en las universidades, nosotros hemos presenciado una dificultad comparable, ya superada en muchos sitios, al llegar a la conclusión de que las universidades debían incluir organizaciones de investigación en las ciencias sociales. Estas organizaciones se encuentran en casi todos los países representados aquí. Estos institutos, como informan las ponencias nacionales, con su sistema de adiestramiento en técnicas de investigación, como su gran disposición a ensayar nuevas orientaciones en sociología pueden muy bien llegar a ser una fuerza de importancia en el progreso de la sociología. Si así fuera, representarían un paso de avance intelectual, como respuesta substancial a la situación social de la exclusión o el subreconocimiento por las instituciones.

### *Reconsolidación con otras disciplinas*

A medida que la legitimidad institucional de la sociología es sustancialmente reconocida —lo cual no significa, desde luego, que está enteramente libre de ataques— decae la presión para separarse de otras disciplinas. Puesto que ya no se la ataca seriamente en su derecho a existir, la sociología reanuda relaciones con algunos de sus parientes. Sin embargo, en vista de que mientras tanto han emergido nuevas concepciones y nuevos problemas, esto no significa necesariamente que la reconsolidación será con las mismas disciplinas de las cuales se desprendió originalmente la sociología en un país determinado.

Los patrones de colaboración entre las ciencias sociales difieren algo de país a país y una tarea adicional de los estudios sobre sociología de la sociología debe consistir en rendir cuenta de tales variaciones. Algunos de estos patrones se repiten. Se nos dice que en Francia el viejo y duradero nexo entre sociología y etnología, que el grupo de Durkheim soldó, se ha debilitado ahora. Los sociólogos cada vez más se asocian con psicólogos, científicos de la política y geógrafos. En los Estados Unidos, por ejemplo, la colaboración más importante es con la psicología —el área de convergencia es la psicología social— y con la antropología. Otro núcleo vincula a la sociología con la ciencia política y, hasta cierto punto, con la economía. Hay signos visibles de que se quiere renovar el lazo, debilitado por mucho tiempo en los Estados Unidos, de la sociología con la historia. Los acontecimientos preceden por mucho a su reconocimiento general. En los días en que los estu-



diantes graduados de sociología en los Estados Unidos aprenden a repetir la queja de que la sociología sistemática ha perdido de vista los contextos históricos, la organización nacional de sociólogos dedica sesiones anuales a la sociología histórica y las nuevas generaciones de sociólogos, como Bellanh, Smelser y Diamond eliminan la ocasión para la queja por medio de su trabajo y de su programa.

Cada uno de los diversos patrones de colaboración interdisciplinaria tiene su propia justificación racional. No son meramente el resultado de fuerzas sociales. Sin embargo, estas exposiciones razonadas son probablemente más convincentes, me parece, para los sociólogos que descubren que su disciplina ya no está en entredicho. Esta ha sido suficientemente legitimizada de modo que ya no necesitan más sostener una postura defensiva del aislamiento. En estas circunstancias sociales, la labor interdisciplinaria se convierte en un valor evidente y puede ser exagerado hasta el punto de ser un requisito cultural.

### *Resumen*

Al terminar este bosquejo de las tres fases del desarrollo de la sociología, me gustaría disipar posibles interpretaciones erróneas.

No se dice que la sociología en cada sociedad pasa sucesivamente por estas fases, cada una sustituyendo rápidamente a la otra. En concreto, estas etapas se superponen unas a otras y coexisten. No obstante, es posible discernir en los informes nacionales una tendencia característica de cada etapa a predominar por cierto tiempo y a hacerlo en parte como resultado de procesos sociales de oposición y colaboración que han sido brevemente estudiados.

Tampoco se dice que los procesos sociales internos de la sociología y disciplinas relacionados determinan plenamente el rumbo tomado por aquélla. Pero se dice que junto al cambio inducido *culturalmente* en los contornos de la sociología, resultante de la interacción de ideas y saber acumulado, hay también un cambio *socialmente* inducido, de modo que las preocupaciones, orientaciones e ideas particulares que "hacen sentido" para los sociólogos en una fase despiertan poco interés para ellos en otra. Desde luego, del desarrollo concreto de la sociología no es sólo el producto de los procesos sociales inmanentes al campo. Es el resultante de las fuerzas sociales intelectuales internas de las disciplinas. Ambas fuerzas están influidas por la estructura social y el ambiente, como lo han notado los informes sobre las sociologías nacionales y la ponencia compañera por el Prof. Aron. Se necesita primariamente el énfasis sobre los procesos sociales internos de la socio-

logía, porque la sociología del saber se ha concentrado por largo tiempo en las relaciones entre estructuras sociales, externas a la vida intelectual, y el derrotero seguido por una u otra rama del conocimiento.

Continúo mi enfoque limitado sobre los procesos sociales internos de la disciplina, pero esta vez consideraré algunas de las ocasiones principales de conflicto entre varios estilos de obra sociológica. Al hacerlo, me acuerdo una vez más de la necesidad de monografías sobre la historia sociológica de la sociología, subrayada en las ponencias presentadas a esta sesión. Si vamos a estudiar seriamente las conexiones entre sociología y estructura social, entonces es necesario decidir cuáles aspectos de la sociología entran en dichas conexiones. Es posible que, como el Prof. Aron lo ha indicado, dichos aspectos incluirían las preguntas que la sociología se formula, los conceptos que emplea, los objetos que estudia y los tipos de explicación que adopta. Una de las maneras de identificar las orientaciones, compromisos y funciones alternativas, atribuidas a la sociología, sería estudiando, aunque fuera brevemente, los principales conflictos y polémicas que se han registrado entre los sociólogos, pues estos conflictos se supone que ilustran las distintas rutas que la sociología pudo seguir en una sociedad en particular, pero que no siguió, así como las sendas que escogió. Al revisar algunos de estos conflictos, no me propongo considerar los méritos de una u otra posición. Estos son asuntos que serán estudiados en otras sesiones de este Congreso que considerarán los diversos usos y especialidades de la sociología. Me propongo considerarlos sólo en la medida en que arrojan luz sobre las trayectorias alternadas de desarrollo en lo sociología, trayectorias influidas por la más amplia estructura social y por los procesos sociales inmanentes a la sociología.

#### ALGUNAS UNIFORMIDADES EN EL CONFLICTO DE LOS ESTILOS SOCIOLÓGICOS

Con unas cuantas observaciones generales podríamos quizás obtener un guía a través de la selva de la controversia sociológica.

En primer lugar, los informes sobre las sociologías nacionales naturalmente concentran en los tipos dominantes de labor sociológica en cada país, en los modos antes que en las variantes menos frecuentes. Mas si vamos a juzgar a base de los informes, las sociologías difieren no solamente en sus tendencias centrales, sino también en la *medida de variación* alrededor de estas tendencias. Cada país ofrece las condiciones para que existan diferentes grados de heterodoxia en el pensamiento sociológico y estas diferencias probablemente reflejan patro-

nes sociales. En la Unión Soviética, por ejemplo, parece existir una marcada concentración en los estilos de la obra sociológica, con poca variabilidad; hay un fuerte compromiso con la teoría marxista-leninista y discrepancias sólo en los detalles menores; una gran concentración en el problema de las fuerzas que producen secuelas de desarrollo histórico en sociedades enteras y un énfasis consiguiente, con poca dispersión, sobre la evidencia histórica como fuente principal de materiales. Sería aleccionador comparar la magnitud de dispersión en torno a las tendencias dominantes de la labor sociológica en los Estados Unidos, que están sujetas periódicamente a violentos ataques desde adentro, como en el formidable libro de Sorokin, *Fads and Foibles in Modern Sociology (Manías y Flaquezas de la Sociología Moderna)*, y el pequeño libro publicado recientemente por C. Wright Mills que, sin citar en forma tan comprensiva y pormenorizada los casos que parecen pertinentes, sigue de cerca los argumentos presentados por Sorokin. Al comparar las sociologías nacionales, debiéramos tomar en cuenta cómo la organización social de la vida intelectual afecta a la medida en que se aglomeran las tendencias centrales de cada sociología nacional.

Gran parte de la controversia entre sociólogos involucra al conflicto social y no sólo a la crítica intelectual. Con frecuencia, no es tanto una cuestión de contradicciones entre ideas sociológicas como la de definiciones rivales del papel que se estima es propio del sociólogo. Desde luego, hay también conflicto intelectual; una inexorable sociología marxista o una inexorable sociología weberiana o parsoniana postulan en verdad supuestos contradictorios. Pero al considerar los cismas entre los sociólogos de una nación o entre los de diferentes naciones, debiéramos observar si la ocasión de la disputa es este tipo de contradicción substantiva o metodológica o más bien el alegato de que éste o aquel problema sociológico, éste o aquel conjunto de ideas, no está recibiendo la atención que supuestamente merece. Sugiero que con mucha frecuencia estas polémicas tienen más que ver con la distribución de recursos intelectuales entre diferentes clases de trabajo sociológico que con una oposición cuidadosamente formulada de ideas sociológicas.

Estas controversias siguen la ruta, ya clásicamente identificada, del conflicto social. Al ataque sigue el contraataque, y hay una alineación progresiva de cada una de las partes en el conflicto. Puesto que el conflicto es público, se convierte más en una batalla de status que en una búsqueda de la verdad. (¿Cuántos sociólogos han admitido públicamente haber cometido error como resultado de estas polémicas?) La consiguiente polarización lleva a cada grupo a responder en general a versiones estereotipadas de lo que está haciendo el otro. Como dice

el Prof. Germani, los sociólogos latinoamericanos estereotipan a los norteamericanos como unos puros cuentacabezas o excavadores de hechos o meramente sociógrafos descriptivos. A otros se les estereotipa como especulativos incurables, que no se preocupan en absoluto de la evidencia que impone, o como personas comprometidas con doctrinas formuladas de tal manera que no hay modo de probar que son erróneas.

No quiero decir que estos estereotipos carezcan completamente de base en la realidad, sino solamente que, en el desarrollo del conflicto social, se convierten en estereotipos que se confirman a sí mismos a medida que los sociólogos se cierran ante cualquier experiencia que pueda modificarlos. Los sociólogos de cada bando desarrollan percepciones selectivas de lo que está ocurriendo en el otro. Ven en la labor del otro primordialmente aquéllo que su propio estereotipo hostil los ha alertado para ver y entonces, prestamente, confunden la parte con el todo. En este proceso, cada grupo de sociólogos va perdiendo más y más su motivación para estudiar el trabajo del otro, puesto que es obvio que no hay sentido en hacerlo. Dan ojeadas a los escritos del grupo externo lo suficiente para encontrar municiones para sus nuevos ataques.

El proceso de alineación recíproca y de estereotipación probablemente se refuerza con el gran aumento en el volumen de publicaciones sociológicas. Al igual que otros eruditos, los sociólogos no pueden "mantenerse al día" de todo lo que se publica en su campo. Tienen que hacerse cada vez más selectivos en sus lecturas. Y esta selectividad prestamente lleva a los que son hostiles a su enfoque particular de la labor sociológica a renunciar al estudio de las mismas publicaciones que posiblemente los empujarían a abandonar su estereotipo.

Todo esto propende a fomentar la emergencia de una doctrina de todo o nada. Orientaciones sociológicas que no son sustantivamente contradictorias se consideran como si lo fueran. Se dice que la investigación sociológica tiene que ser de naturaleza estadística o histórica; que los objetos de estudio tienen que ser las grandes cuestiones de la época o que esas tercas porfías sobre libertad y compulsión deben ser eludidas, puesto que no pueden someterse a la investigación científica, etc.

Se podría detener más a menudo en la mitad de su desarrollo el proceso de conflicto social y cambiarlo en una crítica intelectual si a la acción no siguiera la reacción, si se pusiera coto a la reciprocidad del menosprecio que es característica de estas polémicas. Pero corrientemente no hallamos el contexto social necesario para que acción y reacción dejen de operar con regularidad. Esto exige que haya una di-

ferenciación de status entre las partes, por lo menos con respecto a la ocasión que provoca la expresión de hostilidad. Cuando ocurre esta diferenciación de status, como pasa con el abogado y su cliente o con el psiquiatra y su paciente, la ausencia de reciprocidad en los sentimientos expresados se gobierna por la norma técnica ligada a un status que posee mayor autoridad en la relación. Pero en las controversias científicas, que típicamente ocurren entre iguales para la ocasión (no importa lo mucho que en otro sentido pueda diferir el status de las partes) y, además, se desarrollan en público sujetas a la observación de otros iguales, usualmente no existe esta base estructural de carencia de reciprocidad. En vez de ello, a la retórica se enfrenta la retórica, al desprecio se contesta con el desprecio, y los problemas intelectuales se subordinan a la batalla de status.

También, en estas controversias polarizadas suele haber escaso margen para un tercero, no comprometido, que podría transformar el conflicto social en crítica intelectual. Es cierto que algunos sociólogos en todos los países no adoptarán la posición de alternativas absolutas que se espera en el conflicto social. No se dejarán arrastrar a lo que esencialmente son disputas sobre la definición del papel del sociólogo y sobre la distribución de recursos intelectuales; aunque se les presenten como conflictos entre ideas sociológicas. Pero lo que sucede es que, típicamente, los que se negarían a combatir se hallan cogidos en los fuegos cruzados de los bandos hostiles. De acuerdo con el vocabulario abusivo de la facción que en ese momento predomine, tales sociólogos quedan tachados de "meros eclécticos", y el epíteto, conforme a convención, hace innecesario examinar la cuestión de lo que afirma o de hasta qué punto es verdad; o, se les tilda de renegados, que han abandonado a la verdad sociológica; o, tal vez, lo peor, son moderados, centristas, o neutrales, quienes por timidez o conveniencia se niegan a ver que están rehuyendo el conflicto fundamental entre el prístino bien y el mal sociológicos.

Todos conocemos la máxima de que "el conflicto es lo que enciende la chispa de la verdad". Ahora bien, estos proverbios, fuentes duraderas de la ciencia social para millones de personas, con frecuencia expresan verdades parciales, al igual que a menudo eclipsan la verdad al no aludir a las circunstancias en que ésta resulta válida. Esto parece suceder en este caso. Como hemos notado, en el conflicto social los problemas del conocimiento se deforman y se tuercen cuando se les pone al servicio de "ganarle al otro". No obstante, cuando el conflicto está regulado por la comunidad de los iguales, no deja de ayudar al progreso de la disciplina. Cuando hay cierta medida de regularidad parece surtir marcado efecto en las ocasiones en que un enfoque particular

de investigación —digamos, de pequeños grupos— o un conjunto específico de ideas —por ejemplo, el funcional— o un modo particular de investigación —v. g., la sociología histórica o las encuestas sociales— ha monopolizado la atención y las energías de un número grande y cada vez creciente de sociólogos. Si no fuera por tal conflicto, el dominio de las ortodoxias en sociología sería más notable de lo que es algunas veces. Las alegaciones autoafirmativas de que algunos problemas, métodos y orientaciones teóricas, supuestamente abandonadas, merecen más atención de lo que están recibiendo pueden servir para diversificar la labor. Si hay más lugar para la heterodoxia, se aumentan las perspectivas de que se realicen aventuras intelectualmente productivas, hasta que éstas se conviertan en nuevas ortodoxias.

Aún con sus frecuentes tergiversaciones intelectuales (y posiblemente, a veces debido a ellas), las polémicas pueden ayudar a restablecer equilibrios allí donde haya acumulaciones desbalanceadas en la investigación científica. Supongo que nadie sabe lo que sería una distribución óptima de recursos en un sector de investigación, por lo menos porque no hay acuerdo fundamental sobre los criterios de qué es lo óptimo. Pero las concentraciones progresivas del esfuerzo parecen evocar contra-reacciones, de modo que no desaparecen enteramente problemas, ideas y modos de investigación que son menos populares pero resultan intelectual y socialmente pertinentes. En la ciencia social, como en otros campos de la empresa humana, ocurre que un particular enfoque gana predominio —tal vez porque ha resultado eficaz al tratar ciertos problemas— y atrae una proporción cada vez mayor de los recién llegados al campo, que perpetúan e incrementan la concentración. Puesto que a su sector llegan menos estudiosos de alto calibre, las personas que se dedican a investigaciones que por el momento son impopulares tendrán menos capacidad para adelantar su trabajo. Con menos logros, se hacen aún menos atractivos. Las ruidosas protestas de que no se da suficiente reconocimiento a tipos especiales de investigación, aun cuando se las acompañe de ataques extravagantemente retóricos contra la labor que prevalece, pueden impedir que las necesarias variantes intelectuales se agoten y pueden limitar una concentración creciente en una gama estrecha de problemas. Por lo menos, esta posibilidad merece ser estudiada por la sociología del saber.

Este manejo de observaciones sobre el conflicto social, como algo distinto a la crítica intelectual, son para comenzar, bastante comunes. Sería lástima que fueran trivializadas en el sentido de que debiera buscarse a cualquier precio la paz entre los sociólogos. Cuando existe una genuina oposición de ideas —cuando un grupo de ideas manifiestamente contradice a otro— entonces el acuerdo en aras de la paz signi-

ficaría el abandono de la empresa sociológica. Sólo sugiero que cuando estudiamos los desacuerdos actuales entre sociólogos, descubrimos que muchos de ellos no son tanto oposiciones en el campo del saber como valorizaciones en contraste sobre los méritos de este o aquel otro tipo de trabajo sociológico. Son peticiones de respaldo al sistema social de los sociólogos. Para los sociólogos del saber, estos conflictos brindan claves a las alternativas, desde las que sociólogos de cada país están haciendo su selección deliberada o inconsciente.

### *Tipos de polémicas en Sociología*

Estas observaciones generales tienen como propósito servir de guía a muchos focos de conflicto entre sociólogos. Me apresuro a tranquilizarles diciendo que no los discutiré todos aquí. Esto tampoco es necesario. En lugar de ello, sólo pasaré revista a dos o tres, con un poco de detalle, y luego solamente identificaré algunos de los otros para una posible discusión.

### *Lo trivial y lo importante en Sociología*

Tal vez la polémica más difundida la que, como he insinuado, yace bajo todo el resto, dimana de la acusación que formulan algunos sociólogos de que los otros están muy ocupados en el estudio de trivialidades, mientras que alrededor de ellos cunden los problemas verdaderamente significativos de la sociedad humana sin examinar. Después de todo, dice el argumento, mientras que la vida de los hombres en sociedad se halla plagada o amenazada en su existencia misma, por la guerra y la explotación, la pobreza y la injusticia y la inseguridad, muchos sociólogos se dedican a asuntos tan distantes de estas cuestiones catastróficas que resultan irresponsablemente triviales.

La acusación típicamente da por supuesto que lo que fija la importancia o trivialidad de la investigación es el tópico, el objeto particular bajo estudio. Este es un viejo error que se niega a desaparecer, como nos lo recuerda una ojeada a la historia del pensamiento. Para algunos de sus contemporáneos, Galileo y sus sucesores obviamente se dedicaban a un pasatiempo intrascendente, puesto que observaban pelotas rodando por planos inclinados, antes que ocuparse de temas verdaderamente importantes, como los medios de mejorar la construcción de barcos que aumentarían el poderío comercial y naval. Para esos tiempos, más o menos, el microscopista holandés, Swammerdam, era ridículo.

lizado por los clarividentes críticos que sabían que tanta atención a sus "diminutos animales", los microorganismos, eran un enfoque falto de imaginación sobre minucias patentemente banales. Estos críticos con frecuencia contaban con el respaldo de las autoridades sociales. Carlos II, por ejemplo, se unió a los que se burlaban del absurdo de tratar de "pasar el aire", al enterarse de la labor fundamental sobre la presión atmosférica que para su espíritu no era nada más que un entretenimiento pueril y diversión ociosa, cuando se la comparaba con los Grandes Tópicos en que debían concentrar los filósofos de la naturaleza. La historia de la ciencia nos proveería con una larga, aunque no interminable, lista de casos ilustrando la fácil confusión entre lo que parecía la trivialidad evidente del objeto bajo estudio y la significación cognoscitiva de la investigación.

No obstante, la misma confusión surge periódicamente en sociología. Consideremos por el momento las contribuciones de un Durkheim. Su selección de la división del trabajo de la sociedad, de sus fuentes y consecuencias, sin duda alguna lograría la aceptación como un tema significativo, pero ¿qué ocurriría con el tópico del suicidio? El suicidio puede ser muy patético para los supervivientes inmediatos, pero apenas sí se le puede considerar uno de los grandes problemas sociales. Sin embargo, sabemos, que el análisis del suicidio por Durkheim resultó más fructífero para la sociología que su análisis de la diferenciación social; que adelantó nuestro entendimiento de un problema principal: cómo las estructuras sociales generan el comportamiento que contradice las prescripciones de la cultura, problema este a que tiene que hacer frente todo tipo de organización social.

Pueden ustedes añadir todas las instancias que quieran, tomándolas de la historia de la sociología y otras ciencias; instancias que demuestran que no hay una relación *necesaria* entre la importancia que socialmente se le atribuye al objeto bajo estudio y el alcance de sus implicaciones para una comprensión de cómo funciona la sociedad o la naturaleza. La significación social y la científica de una materia de estudio pueden estar tan distanciadas como las antípodas.

La razón para ello es, desde luego, que se selecciona idealmente para el estudio a aquel objeto empírico que nos permite investigar un problema científico con especial provecho. A menudo estos objetos intelectualmente estratégicos poseen muy poco interés *per se*, ya sea para el investigador o cualquier otra persona.

Una vez más la sociología nada tiene de peculiar en esto. Tampoco tomamos prestado del prestigio de las ciencias mejor establecidas para observar que todo esto se da por sentado en ellas. El genético que dedica tanta atención a la mosca frutera o al bacteriófago no lo



hace movido por un interés intrínseco en ellos. Sólo es que se ha descubierto que proveen materiales estratégicos para resolver problemas selectos de transmisión genética. Si comparamos a un sector avanzado con uno retrasado, descubrimos que lo mismo pasa en sociología. Los sociólogos que enfocan temas tales como el inmigrante, el extranjero, grupos pequeños, decisiones de votar o la organización social de las empresas industriales no necesitan hacerlo porque tengan un interés intrínseco en ellos. Estos tópicos pueden ser escogidos, en vez, porque estratégicamente ilustran problemas como los del hombre marginal, conducta de grupo de referencia, proceso social de conformidad, fuentes con patrones de disconformidad, la determinación de decisiones individuales sumadas y cosas por el estilo.

Cuando la acusación de trivialidad se funda en un estimado, por el sentido común de la apariencia externa de un tema solo, falla en no reconocer que una parte importante de la tarea intelectual consiste en hallar los materiales que son estratégicos para llegar al meollo del problema. Si queremos comprender mejor las raíces y los tipos de conformidad social y las fuentes socialmente inducidas de disconformidad, tenemos que estudiar los tipos de situaciones concretas en que tales cuestiones pueden ser investigadas con provecho: No involucra esto un compromiso con determinado objeto. Significa que es preciso contestar preguntas como estas. ¿Qué aspectos de la conformidad, como proceso social pueden ser observados más efectivamente en grupos pequeños, accidentales, que se admite han sido organizados y temporalmente reunidos en el laboratorio, pero que pueden ser observados en detalles? ¿Qué aspectos de la conformidad pueden ser mejor investigados en las burocracias establecidas? ¿Y cuáles exigen el estudio comparativo de organizaciones en diferentes sociedades? Lo mismo pasa con los problemas sociológicos de toda especie: formas de autoridad, circunstancias en que el poder se convierte en autoridad y la autoridad en poder, límites en la gama de variabilidad entre instituciones sociales que frustran sus propios fines o los realizan, y así por el estilo.

Si preguntamos, a su vez, cómo calibramos la significación del problema sociológico (más bien que el objeto bajo estudio), entonces me parece que los sociólogos no han encontrado mejor respuesta que la ofrecida por Max Weber y otros con la noción de *Wetbeziehung*. Lo que atrae los intereses y lealtades de los hombres es la pertinencia del problema a los valores humanos, los enigmas sobre cómo funciona la estructura social y cómo cambia. Y lo cierto es que este criterio tosco pero a la mano resulta tan laxo que hay amplio margen para diferentes estimativas del valor, como cosa distinta a la validez y a

la verdad, de una investigación sociológica, aun entre aquellos que aparentemente poseen el mismo esquema general de valores. El argumento en pro de la significancia de los problemas de grupos de referencia, por ejemplo, dimana del reconocimiento persistente, insinuado pero no elaborado por los sociólogos por lo menos desde los tiempos de Marx, de que la conducta, las actividades y las lealtades de los hombres no están uniformemente determinadas por sus actuales posiciones y afiliaciones sociales. Las misteriosas contradicciones en el comportamiento se van volviendo cada vez menos misteriosas empleando el método de elaborar sistemáticamente la sencilla idea de que los patrones de selección de otros grupos que el propio ofrecen marcos de referencia normativa que intervienen entre la influencia de la posición social corriente de la gente y su conducta.

En otras palabras, el ataque contra la supuesta trivialidad de gran parte del trabajo sociológico, que parece hallarse en todas las sociologías nacionales, no rinde un caso tan evidente como se pretende. Con frecuencia se deriva de una concepción errónea del sexo entre selección de un objeto para estudio, objeto que brinda muy poca significación intrínseca para el pueblo de la sociedad, y el valor estratégico del objeto para arrojar luz sobre un problema sociológico significativo. Al decir esto, espero no ser entendido mal. No digo que no haya algún trabajo genuinamente trivial en la sociología contemporánea como tampoco se puede decir que no hubo intrascendente en la ciencia física del siglo diecisiete. Por lo contrario: puede ser que nuestras revistas sociológicas durante sus primeros cincuenta años cuenten con una cantidad tan grande de auténticas trivialidades como las *Transactions* de la Royal Society durante sus primeros cincuenta años (para dejar ahí el tema). Pero hay insignificancias en el sentido estricto más bien que en el retórico: son publicaciones que no tienen repercusión intelectual y socialmente. Sin embargo, una buena medida del ataque a supuestas banalidades de la sociología actual se dirige contra clases enteras de investigación, exclusivamente porque los objetos que estudian no disfrutan de un interés social general.

Esta polémica, la más difundida de todas, señala problemas a esas monografías que deben hacerse sobre la historia sociológica de la sociología. Como lo he dicho en tantas ocasiones, no estamos aquí preocupados con el mérito substantivo de las acusaciones y contraacusaciones de una controversia determinada de este tipo. Estas pueden ser discutidas, y quizás lo sean, en otras sesiones de este Congreso. En cuanto al análisis sociológico de la historia de la sociología, queda por delante la tarea de hallar cuáles son las fuentes y consecuencias sociales de atribuir trivialidad o importancia a un enfoque específico

de investigación. Parece improbable que todo lo bueno esté de una parte y todo lo malo de la otra. Si la división no es sencillamente entre sabios y necios, deben existir otros fundamentos, algunos de ellos supuestamente sociales, para las distintas distribuciones de la valoración. Las próximas discusiones de esta sesión podrían dedicarse provechosamente a las interpretaciones que servirían para explicar posturas rivales asumidas en la atribución de méritos a tipos determinados de labor sociológica.

*La supuesta escisión entre sociología  
substantiva y metodología*

Ha surgido otro conflicto arraigado y duradero, que exige la misma clase de interpretación, entre los sociólogos que están preocupados primordial o exclusivamente con la investigación de los problemas sustantivos de la sociedad y los que están primordial o exclusivamente ocupados en resolver los problemas metodológicos que involucra tal investigación. Este debate se distingue del tipo de crítica intelectual que a menudo surge dentro de cada uno de los bandos, para aclarar problemas del conocimiento, porque tiene las características de un conflicto social, cuyo objetivo es vencer al adversario.

Las direcciones principales del ataque contra la metodología y las respuestas que evoca son bien conocidas, de modo que sólo se necesita un breve resumen.

La preocupación con la metodología, se dice, logra tan sólo desviar la atención de los sociólogos de los principales problemas sustantivos de la sociedad. Lo hace porque la atención se concentra en la manera de estudiar la sociedad en vez de concentrarse en el estudio de ésta.

A esto se responde con las palabras de un filósofo: "Usted nunca puede saber demasiado sobre los métodos que siempre emplea". La investigación responsable exige una autoconsciencia intelectual. Sépanlo o no, los investigadores hablan prosa metodológica y algunos especialistas tienen que formular su gramática. Para poder descubrir las tasas de movilidad social y algunas de sus consecuencias, primero hay que resolver los problemas metodológicos de bosquejar las clasificaciones adecuadas de clases, medidas apropiadas de tasas y cosas parecidas como lo han aprendido algunos sociólogos muy para su pesar.

Una vez más, se hace la acusación de que la preocupación con la lógica del método rápidamente degenera en "mero tecnicismo". Los maniáticos de una presunta exactitud se fijan en lo pequeño, mientras

que se tragan lo grande: son muy estrictos en cuanto a detalles, pero descuidan sus supuestos básicos. El interés en las cuestiones substantivas lo reemplazan con el interés en una precisión aparente en aras de la precisión. Emplean una navaja de afeitar para abrirse paso por selvas. Los virtuosos de la técnica se comprometen a utilizar medios meticulosos para alcanzar fines frívolos.

Los refutadores sostienen que son los ingenuos de la metodología, los que saben poco o nada de los fundamentos del procedimiento, quienes con mayor probabilidad hacen mal uso de las medidas exactas en materiales que a ellas no se adaptan. Además, que son los supuestos que se hallan detrás del uso rápido y presto de construcciones verbales, por investigadores de problemas substantivos, los que exigen y son objeto del estudio y la aclaración crítica por el metodólogo.

Se arguye que el metodólogo se convierte en técnico de la investigación, a pesar suyo, en un viajero sin destino, que camina hacia donde lo llamen sus técnicas. Estudia los patrones cambiantes de votación, porque éstos son inmediatamente accesibles a sus técnicas más bien que los modos de operación de las instituciones y organizaciones políticas, para las cuales no ha elaborado técnicas satisfactorias de investigación.

A esto se contesta que la selección de problemas substantivos no es la misión de los especialistas en metodología. Una vez seleccionado el problema, sin embargo, surge la cuestión de cómo se debe diseñar una investigación de modo que pueda contribuir a la solución del problema. El esfuerzo por contestar a estas cuestiones de diseño es parte del oficio del metodólogo.

Por lo menos durante los últimos cincuenta años, se ha atribuido significación ideológica al trabajo metodológico. Se dice que el metodólogo escoge un enfoque políticamente "inmune" en vez de ocuparse de estudios substantivos que podrían envolverlo en la crítica de las instituciones sociales que lo rodean.

Los metodólogos rechazan esta alegación no sólo como falsa, sino como impertinente. En alguna ocasión se la ha atribuido significación política o ideológica a prácticamente todas las disciplinas, aun a las estrictamente formales de la lógica y las matemáticas. Como aquí se nos ha dicho, hasta ciertos procedimientos de la investigación sociológica, como "trabajo en gran escala sobre el terreno" y el uso de escalas de actitudes han sido mirados con suspicacia política en algunas naciones. La impertinencia de la acusación se revela en su superficie al realizarse el esfuerzo indefendible de mezclar criterios intelectuales y políticos para la labor científica.

Se expresa la queja de que el metodólogo supone que el cono-

cimiento consiste sólo en aquello que puede ser medido o por lo menos contado. Es adicto a los números. Como resultado de esto, se retira de la investigación histórica y de todas las otras formas de investigación sociológica, donde todavía no se han inventado ni las más toscas medidas o donde, en principio, no puede haberlas.

Para el metodólogo, esta es una imagen contrahecha, forjada por los ignorantes que no se detienen a pensar cuando leen. El metodólogo no se considera más comprometido a elaborar la lógica de las pruebas y de las medidas que la lógica del análisis histórico e institucional. Señala que esto lo han comprendido así los sociólogos más importantes, por lo menos desde los días de Marx Weber quien, como nos lo recuerda el Prof. Adorno, "dedicó una gran parte de su trabajo a la metodología, en la forma de reflexiones filosóficas sobre la naturaleza y los procedimientos de la sociología", y quien estimó que la metodología de la investigación histórica, en particular, es una parte importante de la empresa sociológica.

Puesto que los rivales en esta controversia no dan trazas de ser vencidos o convertidos, surge de nuevo la cuestión de cuáles fundamentos existen, aparte de los intelectuales, para mantener sus posiciones respectivas. Al igual que los otros conflictos persistentes que habré de sintetizar más brevemente, éste que he mencionado plantea un problema para el sociólogo del saber.

### *El erudito solitario y el equipo de investigación*

Hasta hace una generación más o menos, el sociólogo, lo mismo que la mayoría de los otros académicos, trabajaba individualmente (o, como suele decirse, era un "erudito solitario"). Desde entonces, como lo informan las ponencias nacionales, se han multiplicado los institutos para la investigación sociológica. Este cambio en la organización social de la labor sociológica ha precipitado otro conflicto, con su propio haz de cuestiones polarizadas.

Se caracteriza a las nuevas formas de investigación, en lenguaje denigrante antes que descriptivo o analítico, como la burocratización del espíritu sociológico. Se dice que la organización para la investigación detiene el crecimiento del pensamiento libre, niega la autonomía de los miembros del equipo investigador, desplaza el motivo de modo que se realizan investigaciones para mantener el equipo o la organización funcionando, más bien que para que ésta suministre los recursos de una investigación significativa, así se continúa hasta agotar la conocida lista de acusaciones.

*Per contra*, se señala que el estudioso individual no ha estado tan solo como lo implica la descripción. Estuvo (y con frecuencia está) en el ápice de un grupo de auxiliares de investigación y estudiantes graduados que lo han seguido en su dirección. Además, se ha visto obligado a limitar los problemas que él podía investigar seriamente a aquellos para los que hay evidencia a la mano, especialmente en bibliotecas. No puede él luchar con los muchos problemas que exigen una sistemática recolección de datos en gran escala, datos que no le son provistos por las burocracias que reúnen datos de censos y otros materiales de contabilidad social. Se asegura que el instituto de investigaciones extiende y profundiza tipos de investigación que están de antemano cerrados para el erudito individual. Finalmente, se sugiere que si se estudia de cerca a dichos institutos se verá que muchos de ellos consisten de estudiosos individuales con auxiliares y ayudantes, constituyendo grupos dedicados cada uno a hacer las investigaciones que les interesan.

Este debate vigente ofrece otra base para la investigación, en esta oportunidad, de los modos en que la organización social de la investigación sociológica afecta de hecho al carácter de esta última. Tal cosa exigiría el tipo de comparación sistemática del trabajo que están realizando estudiosos individuales y grupos de investigación. Que yo sepa, esta comparación metódica está por hacerse todavía. No quiero decir que los resultados de tal investigación eliminarán necesariamente el conflicto; solamente que contribuirá a esa sociología no escrita de la sociología, cuyos proyectos generales todos aquí tratamos de bosquejar.

### *Acuerdo cognoscitivo y desacuerdo valorativo*

El aparente conflicto individual que divide a los sociólogos pertenecientes a diferentes escuelas ideológicas suministra un tipo de caso muy instructivo. Cuando se le examina de cerca, a menudo resulta (aunque no siempre, desde luego) que el conflicto envuelve acuerdos cognoscitivos eclipsados por una oposición básica de valores e intereses.

Para ilustrar este tipo de conflicto podemos utilizar unas cuantas observaciones de Marx y de los llamados sociólogos burgueses. Ustedes recordarán la observación hecha por Marx de que en una sociedad capitalista la movilidad social "consolida el dominio del capital mismo, capacitándolo para reclutar siempre nuevas fuerzas en las capas más bajas de la sociedad". Esta proposición general ha logrado el asentimiento independiente de toda clase de sociólogos no marxistas,

entre los cuales figura nada menos que Pareto. Por lo tanto, las líneas de combate no se trazan alrededor del supuesto hecho constituido por las consecuencias sistemáticas de la movilidad social. El conflicto aparece tan sólo en la valoración de estas consecuencias. Pues, como Marx continuó diciendo, "mientras más pueda una clase gobernante asimilar los hombres más prominentes de la clase dominada, más estable y peligroso se vuelve su gobierno". Un Pareto podía estar de acuerdo con la función estabilizadora de tal movilidad al tiempo que rechazaba el juicio de "peligroso". Lo que pueden hacer y están haciendo las investigaciones empíricas de los "sociólogos burgueses" es tratar de descubrir hasta qué punto es verdad el supuesto cognoscitivamente idéntico de un Marx y un Pareto. ¿Hasta qué grado estos hombres móviles se identifican con su clase recién hallada? ¿Quiénes de entre ellos conservan su lealtad a su vieja clase? ¿Cuándo tal proceso resulta en una consolidación de poder y cuándo, en circunstancias en que se conciernen los valores, modifica las bases de la escisión entre las clases?

Ustedes pueden fácilmente señalar otras instancias en que se confunde el acuerdo en ideas sociológicas con el desacuerdo, a causa de un conflicto de valores o intereses que prima entre sociólogos. Cuando los funcionalistas estudian la religión como un mecanismo social para fortalecer sentimientos comunes fomentadores de la integración social, no se distinguen significativamente, en su marco de referencia analítico, de los marxistas, quienes, si la metáfora del opio de las masas se convierte en un enunciado neutral de supuestas consecuencias, afirman el mismo tipo de cosa, salvo que valoran en modo diferente estas consecuencias. Entonces se ve a la religión como un recurso para la explotación social.

Una vez más, se ha observado frecuentemente que Marx en su teoría subestimó la significancia social de sus propias ideas morales. El énfasis puesto sobre la doctrina y la ideología comunista es tal vez el mejor testimonio pragmático de que, no importa lo que la teoría marxista diga en general sobre el papel de las ideas en la historia, en la práctica los marxistas atribuyen gran importancia a las ideas como motores, si no como primeros motores, en la historia. Si esto no fuera así, el acento comunista sobre un compromiso ideológico apropiado resultaría una mera expresión antes que un comportamiento instrumental.

O, para considerar un último ejemplo, Marx en repetidas ocasiones observó que los patrones de producción—por ejemplo, en la industria en gran escala y entre pequeños terratenientes—cuenta cada uno con una característica ecología social. Se creyó que la distribución especial de los hombres en el trabajo afectaba a su punto de vista po-

lítico y las perspectivas de su organización colectiva. En estos días gran parte de los investigadores no-marxistas, tanto en la sociología rural como industrial, estudian esta misma variable de la ecología social del trabajo, junto con sus consecuencias sistemáticas. Pero, una vez más, la continuidad de este problema y de la idea informadora tiende a ser oscurecida por los conflictos en la orientación política. Se necesita el estudio monográfico minucioso para determinar la medida en que las direcciones del desarrollo sociológico no logran llegar a un punto de convergencia y en vez de esto, siguen paralelas a causa del conflicto ideológico más bien que del teórico.

### *Sociología formal (abstracta) y concreta*

Una y otra vez se hace referencia en los informes sobre las sociologías nacionales a los peligros de una sociología "meramente" formal. Esto es índice de otra escisión familiar, la existente entre sociología concreta y abstracta. La primera se concentra en la interpretación de determinadas constelaciones y desarrollos históricos. Algunas veces tales interpretaciones cobijan a toda la sociedad; otras se limitan a ciertas formaciones sociales. El problema puede consistir en explicar el crecimiento y la transformación del cristianismo o del capitalismo, de particulares estructuras de clases, sistemas de familia o instituciones sociales de la ciencia. La segunda, de orientación normal, quiere formular proposiciones generales y modelos de interpretación, que resultan válidos para una gama de acontecimientos históricos concretos. Aquí se enfocan asuntos abstractos como la teoría del papel social, procesos sociales de legitimación, el efecto del tamaño de un grupo sobre sus patrones característicos de interacción social, etc.

Para algunos, sociología formal es un epíteto peyorativo. Se le atribuye a los "defensores del orden establecido", quienes expresamente ignoran el cambio social y niegan que puedan descubrirse uniformidades de cambio social. Para estos críticos, la sociología formal es como una criba que excluye a todos los hechos embarazados que no se ajustan a su teoría. Para otros, la sociología concreta tiene alguna utilidad, pero al precio de renunciar a la búsqueda de aquellas regularidades sociales que se supone ocurren en culturas de los tipos más diferentes.

Sería muy poco útil fijarse ahora en lo obvio, pues es precisamente esto lo que se pierde de vista en el conflicto entre los que ya se han comprometido primordialmente con las sociologías concretas o con las abstractas. Se adelantará muy poco repitiendo, por lo tanto, que las investigaciones sociales concretas desde luego hacen, por lo menos, uso



implícito de modelos abstractos; que, por ejemplo, para poder descubrir el cambio social, no digamos explicarlo, es preciso identificar los elementos y los patrones de estructura social formalmente definidos que cambian, e inversamente, que estos modelos con frecuencia emergen de su aplicabilidad ciertos aspectos seleccionados de acontecimientos sociales concretos, siendo además, modificados y juzgados en términos de esa aplicabilidad. Con respecto a este conflicto, la sociología del saber encara problemas tales como descubrir si, como comúnmente se dice, la sociología formal está ligada a orientaciones políticamente conservadores y la sociología concreta a orientaciones políticamente radicales; además, si se descubre que existe, cómo esta escisión social afecta las perspectivas de interacción metódica entre ambos tipos.

### *Una breve miscelánea de conflictos sociológicos*

No hay tiempo para discutir algunos conflictos adicionales en sociología; me limitaré casi a enumerarlos en el poco tiempo que me queda. *Lo microscópico y lo macroscópico*. Más que nunca antes, el conflicto se enfoca sobre las unidades sociales escogidas para la investigación. Se le describe a menudo con los reclamos de sociología "microscópica" y "macroscópica". Se asegura que la empresa industrial es estudiada en aislamiento del sistema económico y social más amplio, o, aún más, que se observa a grupos particulares dentro de una sola fábrica sin tener en cuenta sus relaciones con el resto de la organización y la comunidad. Se dice que el punto de vista microscópico conduce a una "sociología sin sociedad". El contra-énfasis tiene su punto de mira en las leyes de evolución de "la sociedad total". En este caso, el crítico del día sostiene que las hipótesis están formuladas tan laxamente que no se puede decir que conjunto alguno de observaciones puedan refutarlas. Son invulnerables a la prueba en contrario y, por lo tanto, constituyen cuestiones de fe más bien que de conocimiento.

### *El experimento y la historia natural en la sociología*

Ha surgido una escisión paralela entre los que se adhieren a la sociología experimental, que típicamente —aunque no siempre— estudia a grupos pequeños organizados *ad hoc* o "artificiales", y los que se adhieren al estudio de la historia natural de grupos o sistemas sociales. Tal vez en este caso pueda encontrarse una analogía instructiva en el conocido hecho de que Darwin y Wallace descubrieron que se les imponían ciertos problemas cuando pensaban en lo que habían visto

en la naturaleza "en gran escala del mundo exterior", pero que no habían logrado ver otros problemas conexos que llamaban la atención de los naturalistas de laboratorio. La polarización en alternativas recíprocamente exclusivas resultó muy poco fructífera allí; queda por saber si probará ser más efectiva para el adelanto de la sociología.

### *Grupos de referencia de sociólogos*

También se halla conflicto en la selección, implícita a veces, que hacen los sociólogos de grupos de referencia y públicos. Algunos se dirigen primordialmente a los hombres de letras o al "público general educado"; otros, a los "hombres públicos" que dirigen organizaciones económicas o políticas mientras que la mayoría se orientan primordialmente hacia sus colegas académicos y profesionales. El estrépito recurrente sobre jergas, cultos de ininteligibilidad, el uso sobreabundante de estadísticas o modelos matemáticos es producto, en gran medida, de los sociólogos, cuyo grupo de referencia más importante es el público en general. Los críticos académicos califican a su vez la labor de estos sociólogos, que se dirigen a un grupo exterior a la disciplina, de periodismo sociológico, más útil para despertar el interés público en la sociología, que para fomentar el avance del conocimiento sociológico. Se les acusa de persuadir por medio de la retórica, más bien que de instruir por medio del análisis responsable, y así por el estilo. Sería aleccionador estudiar los papeles y funciones sociales de estos sociólogos con diversas orientaciones antes que contenerse con descripciones imprevistas como éstas, aun cuando, una vez más no podemos esperar que los resultados de tal estudio modificarían las banderías actuales. *Sociología versus psicología social*. Es preciso mencionar por lo menos un debate más. Se alega que muchos sociólogos, especialmente en los Estados Unidos, están convirtiendo a la sociología en psicología social, con el resultado de que el estudio de las instituciones sociales se está desvaneciendo en la obscuridad. Se sostiene que la tendencia hacia la psicología social está vinculada con un énfasis exagerado en el elemento subjetivo de la acción social, enfocándose primariamente las actitudes y sentimientos de los hombres a cosas del estudio de las circunstancias institucionales que hacen posible la emergencia de esas actitudes y su expresión efectiva o inefectiva. A esto la respuesta polarizada es que las instituciones sociales reflejan una construcción mental ociosa hasta que se las vincula empíricamente con actitudes y valores concretos y con la conducta específica de los hombres, ya se conciba a ésta como deliberada o inconsciente, como decisiones o respuestas. Estos sociólogos creen que la

división entre las dos disciplinas es un artefacto desdichado de la organización académica. Y, otra vez, aparte de los méritos de una u otra posición, tenemos mucho que aprender sobre las bases sociales para que sean sostenidas por algunos y rechazadas por otros.

### *Una observación para concluir*

Al hacer el comentario final sobre estas líneas de escisión y muchas más entre los sociólogos, me gustaría aplicar una formulación sobre la estructura del conflicto social en relación con la intensidad del conflicto que fue claramente expresada por George Simmel y Edward Ross. En palabras de Ross, es la hipótesis de que:

una sociedad... resquebrajada por una docena de... (conflictos) a lo largo de líneas que corren en todas direcciones, puede en realidad estar corriendo menos peligro de ser desgarrada por la violencia o de despedazarse que una dividida a lo largo de sólo una línea. Pues cada nueva escisión contribuye a estrechar las hendiduras que la cruzan, de modo que uno podría decir que la sociedad *está unida por la costura* que forman sus conflictos interiores.

Esta es una hipótesis que ha sido confirmada por su propia historia, pues desde que fue formulada por Simmel y por Ross, ha sido recogida o independientemente originada por veintenas de sociólogos, algunos de los cuales asumen posiciones diametralmente contrarias frente a algunas de las cuestiones que hemos revisado. (Sólo mencionaré a unos cuantos: Wiese y Becker, Hiller, Myrdal, Parsons, Lewis Coser, Berelson, Lazarsfeld y McPhee, Robin Williams, Dahrendorf, Coleman, Lipset y Zelditch, y, entre el gran número de estudiosos recientes de la discrepancia de status", Lenski Adams, Stogdill y Hemphill.)

Si se aplica a nuestra propia sociedad de sociólogos, la hipótesis de Simmel-Ross revela lo siguiente: Si los sociólogos, de una nación asumen más o menos la misma postura frente a cada uno de estos problemas, mientras que los sociólogos de otra nación sostienen sin incongruencia la postura contraria frente a los mismos problemas, entonces las líneas de resquebrajamiento se habrán consolidado en tal manera a lo largo de un solo eje que carecerá de sentido cualquier conversación entre los sociólogos de estas diferentes naciones. Pero si, como ya creo que pasa, no hay tal uniformidad de punto de vista entre los sociólogos de cada nación; si los sociólogos individuales combinan

posturas diferentes ante estos problemas y otros afines, entonces la crítica intelectual eficaz puede substituir al conflicto social.

Esta es la razón para que la amplitud de las heterodoxias entre los sociólogos de cada país tenga una importante conexión con el desarrollo futuro de la sociología mundial. Las heterodoxias de una nación proveen vínculos intelectuales con las ortodoxias de otros países. En la escala mundial de la sociología, este hecho salva las líneas de escisión y fomenta el progreso de la ciencia sociológica más bien que el de las ideologías sociológicas.